

## I.1. El pueblo de Roma

Uno de los 47 millones (según el más reciente censo) de poetas italianos vivos, ha escrito, sobre la gente de Roma, la siguiente estrambótica cuarteta, que he leído por casualidad, y que, aunque no brille por su eminente valor literario, y aunque no sea el *Belli*, ni siquiera apócrifo, no carece todavía de una cierta verdad:

La gente de Roma es un *Populusque*  
Emparentado con la Curia y el Senado  
Y durará a lo largo de los siglos.  
Hasta que se haya soplado la última gota\*

La última gota, creo, se refiere al vino de *I Castelli*; a no ser que el poeta entendiera, metafísicamente, como la última gota del tiempo, al terminar de los días, que los romanos se habrían «soplado» con agradable indiferencia hasta el final, como si fuera un vino. Ésta me parecería una interpretación demasiado atrevida, quizás temeraria; aunque, según cómo se mire, tanto una como otra lección tienen su sentido; y en el fondo son equivalentes, si pensamos que los romanos son los únicos que saben aguantar, con igual imperturbabilidad, el engañoso y pesado veneno de su vino, así como los engaños, no menos pesados y envenenados, del tiempo; y, como por una costumbre practicada desde tiempos inmemoriales, ellos se han adaptado,

\* En italiano en el original: «Il Popolo di Roma è un Populusque / al Senato e alla Curia apparentato / e durerà nei secoli, quousque / l'ultima goccia non si sia scolato» (N. del T.).

se han acostumbrado\* a aquel vino, y han hecho que se convirtiera en algo inocuo por obra del tiempo. Lo mismo han hecho con el tiempo, esta vez por obra del vino, en el cual han ahogado todo el tiempo, con todo su antiquísimo pasado, todas sus glorias y sus miserias.

Esta gente es, dice el poeta, un «populusque». Quiere decir un pueblo diferente a todos los demás, justo por aquel sufijo, aquella conjunción, que es su título de nobleza, y que está escrito en todas partes, en las ruinas, en los frontones, en las piedras, hasta en las pilas. Es su título nobiliario que los señores llevan delante del nombre, y él lleva detrás, como si fuese un séquito o una cola variopinta de pájaro. Desde el principio él ha estado, por decirlo de alguna manera, pegado a cualquier otra cosa, e inseparable de ella: al Senado, al Gobierno, a la Iglesia. De ella fue siempre el apéndice necesario, la traducción vulgar. Ha vivido siempre a costa del Senado, del Gobierno, de la Iglesia, nunca de otro. Él es la fiera, el molusco que está dentro de la maravillosa concha barroca de Roma: aquellas volutas, aquel color, aquella madreperla preciosa es su casa, su cáscara: él la ve sólo desde dentro, la trata con familiaridad, hace uso de ella como de un traje viejo y cómodo, y es el único que, ya que no la ve desde fuera, no se deja atacar por la retórica de Roma. Y Dios sabe que la retórica de Roma es una de las más intensas de las retóricas, quizás inmensa como la grandeza, de aquella «Diosa Roma» que «aquel que no te conoce / tiene el juicio obnubilado por frías tinieblas / y en él en el corazón culpable, germina entorpecida / la selva de barbarie»<sup>1</sup>, según lo que dice uno de nuestros mejores poetas, surrealista involuntario. El populacho de Roma, en aquella «Diosa Roma» está como en su casa, pasea sobre su piel, come y duerme entre su pelo, disfruta del fresco del *ponentino* sobre su espalda, es su inquilino y subarrendador y también propietario, huele sus olores y sus sabores, es, como se diría, parte de ella; pero por la misma razón, no está dispuesto al respeto y, mucho menos, al éxtasis, frente a aquella divinidad, y, por consecuencia, frente a ninguna de las otras posibles divinidades que, por definición, no podrían ser menores de aquella sobre la que está tranquilamente sentado; así que se ocupa de sus negocios o hace el amor.

Familiar y casi partícipe de la vida de los Dioses celestes, él lo es, de la misma manera, de las Potencias terrenales, por aquella partícula, aquel

\* En italiano en el original: «... mitridizzati...», en italiano es sinónimo de acostumbrarse. Se refiere a la usanza de Mitrídates VI que solía tomar pequeñas dosis de veneno para acostumbrar a su cuerpo a los efectos tóxicos en caso de intentos de asesinato.

que, que tiene pegado detrás. Los otros pueblos de las otras ciudades han sido a menudo siervos, tal vez dueños, y se han agrupado y han trabajado alrededor de cosas que no tenían nada que ver con el ejercicio del Poder; los comercios, la navegación, las fábricas, las artes, la agricultura. Sin embargo, el populacho de Roma no fue nunca, o casi nunca, ni siervo, ni dueño, y nunca, o casi nunca se ocupó de aquellas industrias o de aquellas artes, sino que vivió con los Señores, en sus mismos palacios y en sus mismas iglesias, trabajó libremente para ellos, los llevó de paseo en sus carrozas, los nutrió, los educó, los vistió, los divirtió y se divirtió. En definitiva fue siempre un complemento necesario de la Potencia, bien se tratara del Senado romano, del Imperio, de la Iglesia, bien del Gobierno monárquico o republicano. Tratando siempre de cerca a cónsules, papas, cardenales, príncipes, regentes, ministros y jefes de división, se acostumbró a tratarlos como pares, a considerarlos como simples hombres, y se hizo impermeable a las sugerencias del poder. El continuo contacto codo con codo ha hecho que la diferencia entre un señor romano y uno del pueblo romano esté, sobre todo, en el uso del traje y del dinero: en los actos, en los gestos, en los sentimientos, en el aspecto, en la cara no se distingue un príncipe romano de su cochero: el príncipe parece un cochero y el cochero un príncipe (siempre que se trate de un verdadero cochero y de un verdadero príncipe, tanto el uno como el otro, a decir verdad, bastante difíciles de encontrar). Y las dos Llaves, la de plata y la de oro, la blanca y la amarilla, que abren para los demás hombres las cosas de la tierra y las del Cielo, de tanto verlas delante, cruzadas, el populacho de Roma se ha acostumbrado a considerarlas nada más que las llaves de su propia casa.

Esta casa, la ciudad de Roma, es la más bonita del mundo, una maravilla continua de arquitecturas, de formas, de color, de imágenes de cada época, donde parece cristalizado un ingenio infinito. Por eso, el pueblo que la habita ha llegado a ser indiferente a esta belleza que ha hecho y hará latir, de verdaderos y falsos entusiasmos, muchos corazones.

Es, por lo tanto, por estas simples razones, el pueblo menos retórico, menos idolátrico y menos fanático de la tierra (no en vano, en dialecto romano, fanático significa loco). Ni siquiera el tiempo le conmueve o le asusta, ya que lo tiene todo recogido en el umbral, al alcance de la mano; porque Roma es la imagen misma del tiempo, de la infinita contemporaneidad. Libre, entonces, de cada homenaje exterior y de cada miedo interior o emoción causada por el Estado y el Poder, la Iglesia y la religión, el Tiempo, sus glorias y sus grandezas, las ideas universales (que aquí han encontrado su lugar) y su belleza, este pueblo se ha merecido

la fama de escéptico e indiferente. Pero todas estas cosas, que él lleva consigo, no parecen importarle: y sus gestos, sus actos, la expresión de sus rostros, están llenos de fuerza oratoria, de grandeza antigua, de sentido del poder; y sus palabras son propias de un rey, de unos príncipes o de unos cardenales; y en todos sus movimientos está presente una natural belleza. Todo en él se ha convertido en algo físico, concreto: es un pueblo antiguo, y del todo adulto, sin rastros juveniles, sin sombra de romanticismo. Así es su poeta, el *Belli*, el menos romántico, el más adulto, el más pesadamente trágico de los poetas italianos<sup>2</sup>.

Aquí todo ya existió. Y la existencia no se ha esfumado en la memoria, sino que sigue permaneciendo en las casas, en las piedras, en las personas: una extraordinaria complejidad de tiempos y condiciones diferentes que se resuelve en una absoluta simplicidad de sentimientos e intereses. Todo ha sido experimentado: se espera sólo la muerte (y «termina con el infierno»)<sup>3</sup>. Las virtudes no son las ideologías y los valores morales (que un tiempo demasiado largo ha nivelado poco a poco), sino los valores más sencillos y visibles: la salud, la fuerza física, el saber comer y beber, el saber hablar según una cierta regla de humor y eficacia, el hacerse respetar, la franqueza, la amistad. Para un pueblo libre de complejos y de moralismo, todas las posibles condiciones humanas son comprensibles, aceptables y normales. Es una condición humana natural el ser pobre, el estar cargado de deudas, el tener cuentas pendientes con la justicia, el ser traicionado por la mujer; es algo natural el borracho, sin sentido de culpa, y también el preso (dice el más clásico de los estribillos romanos: «Dentro de Regina Coeli hay un escalón / quien no lo sube no es romano, ni siquiera de Trastevere»)\*. Detrás de todas estas condiciones está el hombre y su valor más simple y fundamental: el coraje de resistir.

Me encontraba una noche, cuando el campeonato de fútbol todavía no había terminado, pero estaba próximo, y desde hacía tiempo, también el drama final del descenso de la «Roma», tomando un café en un bar de *Largo Argentina*, antiguo punto de encuentro de los partidarios y de los *tifosi* de aquel equipo tan popular. Cada día, desde hace meses, los clientes solían vacilar al dueño del bar a propósito de su equipo tan querido y en situación tan peligrosa: y desde el amanecer hasta la medianoche era un continuo intercambio

\* En italiano en el original: «Dentro Regina Coeli c'è 'no scalino, chi nun salisce quello nun è romano manco trasteverino». Se hace referencia a una canción popular de los delincuentes de Regina Coeli (N. del T.).

de refranes, salidas y discusiones. Aquella noche entró, para comprar un puro, un viejo vestido con una gabardina desgastada y con una gorra en la cabeza: un carretero o un conductor de taxis. Él también empezó a bromear sobre la Roma: «La Roma va a la serie B, decía, ahora lo veremos jugar contra equipos mediocres, la *Fortitudo*<sup>\*</sup>, contra los chiquillos. En mi casa hay un patio: allí vendrá a jugar la Roma, así podré ver los partidos desde la ventana». Y así por este camino, el dueño le contestaba: «No hables tanto, todavía no se puede decir, nos salvaremos. ¡Se nota que eres de la Lazio!». Entonces el viejo cambió de repente el tono del discurso, y dijo: «No soy de la Lazio, y tampoco romanista; hablaba así para bromear porque lo hace todo el mundo. Ni siquiera sé qué son la Roma y la Lazio, nunca he visto un partido de fútbol, nunca he echado una quiniela. No me ocupo de todos estos juegos, no los conozco. Mis juegos han sido otros. Cuando tenía siete años (Usted lo sabe) murieron mi padre y mi madre: y he empezado a jugar con la vida. Luego me hice soldado: siete años de guerra, cuatro heridas, tres condecoraciones (quién sabe por qué): he tenido que jugar con la guerra. He vuelto mutilado. No podía tener hijos, pero por el registro civil supe que los tenía (bueno, mi mujer los tenía). ¿Qué quiere? He jugado con la familia. Después, todo el resto del tiempo he jugado con el hambre y la miseria: y he perdido siempre. Ahora soy viejo, tengo sesenta y cinco años y no me queda nada más que un juego, aquél contra la muerte; me gustaría perder, perder ya, pero no lo consigo. Si pudiera perder a este juego, si pudiera morir, sería feliz. Iría al Paraíso (porque allí arriba iré seguro) y le diría a Aquél de arriba: «Por fin he llegado. Baja tu ahora, en mi lugar; e intenta ser un ciudadano».

Así, como un personaje de Shakespeare, hablaba el viejo carretero, con la amarga ironía de quien, después de haber rechazado todos los encantos y las apariencias, se encuentra solo con la existencia, en un mundo despojado y real, donde uno se puede dirigir, sin sumisión, a Aquél de arriba.

Este pueblo es, por lo tanto, diferente a los demás, por su naturaleza y su historia, y está plenamente consciente de esto, no sin tener, a la vez, un irónico orgullo. Este de quien hablo, es el pueblo viejo de Roma, que representa sólo una parte, bastante pequeña, de los habitantes de la ciudad; que desde siempre vive en los barrios antiguos, en los barrios del centro y de la verdadera Roma, romana y papal. Artesanos, la mayor parte, de cada tipo de arte: carpinteros, herreros, fontaneros, zapateros,

\* Equipo de baloncesto de Bologna.

pasteleros, confiteros, cristaleros, dueños de garajes, mecánicos, mozos y así se puede seguir; y comerciantes grandes y pequeños, desde los vendedores ambulantes de aceitunas verdes y dulces, de castañas asadas (o de castañas cocidas, las castañas de los pobres), o de imágenes sagradas, hasta los dueños de llamativas tiendas, o de bares que compiten por las luces de neón y por las reformas, los carniceros, los cantineros, los camareros, hasta los aposentadores; y carreteros que llevan, por la noche, sus caballos en las cocheras de *Trastevere*, en aquellas callecitas que huelen al olor campestre de las cuadras, y conductores de taxi, y camioneros, y conductores y revisores de tranvía, y barrenderos; y cicerones, y sacristanes y guardianes de lugares santos y de ruinas y de museos; y también profesionales y, naturalmente, empleados de ministerios y de los miles y miles entes estatales y paraestatales. Este pueblo de los infinitos pequeños oficios vive en la Roma histórica, desde *Trastevere* hasta *San Pietro*, a *Piazza del Popolo*, se extiende alrededor de las Basílicas, en los barrios más recientes a lo largo de las antiguas vías de acceso a la ciudad, hacia el campo. Del campo guarda el folclore y los hábitos: a pesar de ser ciudadano desde infinitas generaciones, sigue con su continua renovación por la influencia de los pueblos del Lazio, por los lazos mantenidos con las familias de origen, por la misma naturaleza agreste de la ciudad donde, aunque el Foro ya no sea el *Campo Vaccino*, siguen transitando los rebaños, por la noche, a través de las calles del centro; y los grillos cantan, escondidos en las cornisas de *Palazzo Chigi* y millares de pájaros bajan, por la tarde, para dormir sobre los árboles de *Largo Argentina*, camuflados entre las ramas, como frutos selváticos de un bosque. Este pueblo ciudadano es, al mismo tiempo, también un pueblo campesino, en los gustos, en las costumbres, en la manera de pensar. Sus diversiones favoritas son los paseos a las afueras, las fiestas de *I Castelli* con el vino joven; el principal ejercicio sigue siendo la caza: jóvenes gordos, indolentes y perezosos se levantan antes del amanecer y parten, con sus vespas, para recorrer montes y valles a la búsqueda de pájaros imposibles de hallar.

Tomaba a menudo mis comidas en una taberna, cerca de la *Fontana delle Tartarughe*, a la entrada del *Ghetto*. La comida era óptima y sana, pero no se podía tomar arroz porque, dicen los dueños, han tenido que comer demasiado arroz bajo las armas, y han hecho voto para que aquella comida militar no entre nunca más en sus casas. Hasta el año pasado se encontraban unos espárragos de temporada verdísimos y perfumados, de una frescura extraordinaria, mucho mejores de los que se pueden encontrar en el

mercado. Pregunté a los dueños cómo se procuraban aquella verdura tan sabrosa. «Están recién recogidos», me contestaron, «nos los trae un funcionario del Ministerio de Finanzas». Este empleado, me explicaron, conducía así su vida: iba por la mañana al Ministerio, durante unos minutos, para hacer acto de presencia; luego montaba una vieja bicicleta suya y corría hacia el campo, por la *Salara* o por la *Flaminia*, y allí pasaba el día, buscando los espárragos para su provecho. Conocía todos los lugares, recogía hasta dos o tres kilos de verdura, en las otras estaciones se conformaba con los champiñones o la radicheta (nombre romano de la rúcula) o la achicoria silvestre. Por la noche volvía con su botín, lo vendía al cantinero, y lo cambiaba por la cena o por el vino. Era un empleado perfecto, que no estorbaba con su presencia las salas demasiado llenas de gente del Ministerio, ni creaba complicaciones o apuros al público para justificar su nómina, sino que cultivaba amablemente, a costa del estado, su inocente y rousseauniano amor por la naturaleza. Desgraciadamente, este empleado modelo, el año pasado se jubiló por cuestión de edad; y naturalmente, dejó de ir a recoger aquellos espárragos exquisitos; él estaba ya jubilado y se sentía, justamente, dispensado de hacer lo que era su verdadero trabajo de funcionario de Finanzas.

Otro empleado, ujier de un Ministerio, que encuentro a menudo por la tarde en un café, me enseñó los que él llama los secretos del cazador, y sobre todo la manera de matar a una fiera grande, un jabalí, una vaca, hasta un rinoceronte, con el cartucho número 2, por ejemplo, que, cortado alrededor de su cabeza, «produce un hueco enorme». También el ujier va a buscar champiñones; su última aventura, del mes pasado, fue justo ésta: que, estando en el bosque por los champiñones, encontró un bolso, con 120 liras dentro, una moneda de cien liras y dos de diez liras, junto con la dirección de la dueña. Lo entregó a la criada que lo había perdido, y ésta, agradecida, le preguntó qué quería por la molestia causada. «Ir juntos donde dejaste el bolso» contestó el ujier, por decir algo, ya que la mujer era todo lo contrario a atractiva y deseable. «Con mucho gusto» contestó ella, «¿Cuándo quieres?». Le dije: «Mañana», me contó el ujier. «Pero puede esperar. No hay que despreciar a ninguna mujer, pero yo tengo cincuenta años, y puedo tener algo mejor; bueno, si no tuviera otra cosa, me conformaría con ella. Además, mi mujer no se puede quejar: nunca me ha visto en el hospital, ni en la Cuestura; y si alguna vez le he tocado un pelo a alguien, ha sido al gato no a ella; puede estar contenta». ¿Quién sospecharía, viéndolos desde fuera, que estos ujieres, empleados y funcionarios, tienen sentimientos idílicos y campestres? ¿Quién podrá llegar a conocer de verdad el alma de

un funcionario romano? Otro ujier, un *ciociario*\* con la cara de campesino quemado por el sol y los ojos intensos, mutilado y condecorado con una medalla de plata por sus actos heroicos cumplidos en la primera guerra mundial, hacía, delante de su vinito, el elogio del miedo. «¿Me sabe decir usted por qué me han concedido la medalla? Yo no lo sé, sé solamente que cada tres meses me dan 230 liras, pero el porqué de verdad no lo sé. Éramos siete estúpidos, en el Trentino, teníamos sed, íbamos a buscar el agua en la nieve: ¡Teníamos todos un miedo...! Recibí un golpe en la cabeza, y no me enteré de nada. Los otros seis estúpidos estaban todos muertos, a mí me han concedido la medalla, quién sabe por qué. ¿La mutilación? Aquella fue en el Montello: estaba en un árbol de níscolas (serbal) como centinela, llegó una granada con triple efecto, me desperté ocho días después en el hospital; y me robaron la cartera, con las tijeritas, los sellos, las postales de franquicia, la navaja, y otras tonterías. No hay un coraje como el del miedo». Eran los mismos discursos del camarero Giacinto, del cual he escrito en *El Reloj*, que presumía de su naturaleza pávida y se vanagloriaba de ella. Pero este mismo ujier que hablaba con tanto desprecio y humor estaba, no obstante, curiosamente orgulloso de la antigüedad de su estirpe: «Yo soy un Ernico, de Piglio; provengo de los Ernici, siete siglos antes de Roma. Yo soy un estúpido, un *ciociario*, pero nosotros hemos nacido siete siglos antes que Roma. Roma la hemos fundado nosotros».

La gloria de la antigüedad no tiene nada que ver con la retórica de la magnitud o del Imperio: es una gloria casi física, similar a la de la fuerza muscular, de la salud, de la longevidad (una especie de longevidad del pasado, signo de una buena salud histórica). He encontrado a un conocido pescadero de *Campo dei Fiori*, con el pelo todo blanco, pero recto y seco como un corredor, con la expresión valiente y audaz, con la clásica nariz grande y los rasgos largos, como los bustos romanos del Museo del *Campidoglio*. «Soy de estirpe romana, romana verdadera, desde quién sabe cuántas generaciones», me dijo. «Como ve, tengo sesenta y cuatro años, y, como hombre, soy un atleta. Un verdadero romano, le digo; no he tenido una enfermedad en toda mi vida. Mi mujer (estoy viudo) era una verdadera mujer romana, la hicieron Reina de la Arenuela, en el 1911 (y a mi hermana, Princesa); no quise aceptar porque yo

\* Habitante de la Ciociaria, nombre con el cual se indican algunos territorios del Lazio al sureste de Roma. En 1960 De Sica rodó *La Ciociara*, basada en la novela homónima del escritor Alberto Moravia. Gracias al éxito de público y crítica, la obra se convierte en el epónimo de una producción neorrealista que representa una Italia rural y primitiva, relacionada con los problemas del desempleo.

era soldado. Conozco a toda Roma, *Trilussa*\* era un amigo». Un compañero suyo que, como siempre pasa con estas charlas de taberna, le empujaba a hablar; en este punto lo contradijo: «¿Y?». «Soy pescadero, y pescadero era mi padre, éste era su oficio. Yo quiero decir la verdad. A mí no me cuesta nada decir la verdad. «¿Y entonces?». «Entonces nada, después de la verdad no existe ninguna palabra». Todas las virtudes del pueblo de Roma estaban en la boca del pescadero: la antigüedad, la fuerza, la salud, el arte. La fuerza física es la primera virtud del pueblo que ha conseguido llegar a ser simple, a fuerza de complejidad. Es frecuente ver trofeos y medallas deportivas, expuestas en las tiendas o en las tabernas como el mayor motivo de orgullo para quien los ganó. En una pequeña taberna de *Trastevere* dentro de un marco está una gran foto del dueño con cinco sacos de trigo en la espalda, y unos amigos de pie encima de los sacos; y el hijo del dueño es, a su vez, acorde con los tiempos más modernos, púgil y motociclista. Existen atletas de marcha y de maratón aficionados, muchas veces en el paro, que ganarían las competiciones más importantes si tuvieran unos filetes para comer. Y está sobre todo la pasión colectiva hacia las motocicletas, la Lambretta, la Vespa, los ciclomotores. Esta pasión, tremendísima para el oído y la paz, es común a todas las otras ciudades de Italia, y son motivo de ella muchos aspectos diferentes, como el gusto para la virilidad, el ruido, la afirmación de sí mismo (y quizá también, como dije en otra ocasión, el gusto hacia una clase desviada y mecánica de licantropía). En cambio, en Roma prevalecen motivos más físicos: el sentido del estrépito, de la velocidad, y sobre todo la pasión hacia la fuerza y la destreza. El que vea qué maravillosos prodigios de equilibrio hacen los romanos, sean tres, cuatro, cinco montados en una Vespa, piensa que los célebres vaqueros de las praderas han encontrado a quienes los superan.

Las virtudes del comer y del beber no son sólo virtudes de la gula como el carpaccio, la carbonara y el tinto de Frascati, sino sobre todo virtudes sociales, sentido profundo de la compañía, del contacto humano, de la amistad, la cosa más sagrada para el romano. Las bodegas son los verdaderos lugares de encuentro, de reunión y de lo concreto, el centro de la vida, y allí sopla un aire cordial y afectuoso, equilibrado y abierto. Existe toda una vida común entre bodegas, un mutuo conocimiento, una falta de falsas jerarquías, una tolerancia, un vínculo simple y profundo entre los hombres, que tiene hasta sus formas de organización. Por todas partes hay asociaciones, sociedades y círculos, que tienen

\* *Trilussa*, seudónimo de Carlo Alberto Salustri (1871-1950), poeta italiano famoso por sus composiciones en dialecto romano.

como punto de referencia una bodega, y cuya finalidad social es esencialmente la de compartir unas comidas entre socios. Estas sociedades se dividen en sociedades a las que se les llama de interés, y en sociedades de diversión: en ambas los socios pagan, cada semana, una cuota fija, que al principio se destina a préstamos para los mismos socios, que los necesitan para sus negocios; con los intereses de los préstamos se organizan unos almuerzos. En un segundo momento, las cuotas se destinan únicamente a la preparación de los almuerzos sociales, que se hacen una o bastantes veces al año. Hay muchísimas de estas sociedades gastronómicas y de amigos: sólo en el barrio de *Trastevere* parece que se pueden contar más de ciento cincuenta sociedades. Hay unas reservadas a las mujeres: potentes matronas, comerciantes y sobre todo negociantes, que se encuentran durante cenas y bebidas interminables, y expresan la alegría violenta, la libertad de lenguaje y la temible fuerza de una sociedad matriarcal. En la *Antica Pesa*, famosa por su buena cocina y por la cordialidad de los dueños, se reúnen los «Inquietos» de *Trastevere*, un círculo fundado en 1902, que organiza un gran almuerzo, como una sagrada celebración de la amistad, el primero de mayo, y otros a lo largo del año, según los fondos recaudados. El nombre de estos círculos es similar al de las antiguas Academias: y ellas son verdaderas academias populares, mucho más sustanciosas y vivaces y calientes de las literarias, donde se come, se toca, se canta, se actúa, se bromea, se improvisa, se juega a la *passatella*\*, donde uno se siente solidario y fraternal, y donde se deja, con simplicidad y paz, que el tiempo pase.

En la sociedad popular romana, demócrata y libre, adulta y sin complejos, hay lugar para todos, para toda condición y clase de hombres. Abundan también hombres raros, inesperadas apariciones: hombres enormes, que llevan con desenvuelta seguridad sus infinitos cuerpazos, señoras vestidas con ropa de hace cincuenta años, seres de tiempos y lugares lejanos y olvidados. Puede aparecer un hombre vestido de los pies a la cabeza con hojas de hiedra, notoria muestra de la antigua pasión republicana; y en el barrio genovés del *Biscione* puedes ver un viejo cuya gloria es ser idéntico al difunto rey Víctor Manuel III: pastores de cabras y ovejas viven en *Villa Doria* en plena ciudad, en cabañas de ramas, como en los bosques del altiplano Sila, con los vestidos pastoriles todavía intactos. Una población variopinta se amontona, el sábado por la noche, en los despachos de billetes del Totogol,

\* La *passatella* es un juego originario de la Roma antigua y se desarrolló en las bodegas de la Roma papal. Sentados en una mesa en 8, se jugaba a las cartas. El ganador se llamaba Capo y a la vez nombraba un vicecapo. Los dos decidían quién debía beber el vino en palio. La finalidad del juego era que uno de los jugadores se quedasen sin beber, lo que se llamaba “Olmo”.

para las últimas apuestas: sordomudos que discuten con gestos sobre las previsiones y las esperanzas, mendigos, viejas mujeres, conductores de tranvías que se han bajado en el último recorrido. Te encuentras por la calle con unos solitarios tocadores de instrumentos poco usados, en calles vacías donde el sonido se repite como en una concha, o borrachos que te hablan serios y con tono de confidentes, de la Ciencia, del Mundo y del Destino. Un conductor de taxi me vio pasar, una de estas noches, con mi perro Baruc, y empezó a jugar con él, y me acompañó hasta mi casa, diciéndome que los perros son los ángeles, y citándome textos de Baudelaire, Leopardi y Bakunin, todos amantes de los animales. Cuando llegamos delante de mi portal, me estrechó la mano y me dijo: «Yo soy un anarquista. Esta noche soy feliz porque le he visto a usted y a este perro. Soy plenamente feliz: quisiera poder besar a este perro... y matar a un hombre».

Cada uno de estos personajes, en el gran bosque de Roma, es completo, perfecto, termina en sí mismo, totalmente realizado. Su poesía no puede ser la lírica, ni la novela, sino la épica (los millares de sonetos del *Belli* son un poema épico). ¿Pero quién podrá describirlos todos? Detrás de cada ventana, en el movimiento continuo de los edificios, de los muros amarillos y violetas, hay una persona diferente, verdadera, hecha y derecha, que no espera otra cosa más que la de aparecer y de manifestarse. ¿Quién podrá hacer el catálogo de todas estas verdades vivas y seguras de sí mismas? ¿De las mujeres, de las jóvenes bellezas de los mercados y de los alféizares, de las viejas sentadas en las entradas, de los niños, ellos también, en su móvil vida infantil, en cierto modo ya adultos? Lo que puedo contar aquí es sólo una fugaz alusión, un momento en un fluir infinito.

El carácter del pueblo romano muta con el mutar de los lugares; y el que yo he intentado describir, aunque en mínima parte, es el de los barrios de la antigua Roma, donde vive desde tiempo inmemorial, y que es todo un conjunto con las piedras y las memorias. Pero, siempre más lejos de aquel centro bellissimo, vive otro pueblo, una mezcla de gente de cada parte de Italia. En los monstruosos barrios populares modernos, fuera *Porta S. Giovanni* o *Piazza Bologna* o en el fondo de *Via Nomentana*, en las anónimas colmenas construidas por el sadismo arquitectónico de los años imperiales, hasta el pueblo pierde su carácter, su seguridad, su figura, el contacto y la semejanza con las casas, y se esfuma hasta formar una plebe indeterminada y cada día más pobre; hasta la miseria de los alrededores de Roma, hasta los ratones de la *Garbatella*, los pozos de la niebla de *Primavalle*, las aldeas de casuchas, los tugurios, las cuevas del *viale Tiziano* y de los Acueductos. Ésta también es Roma, pero aquí ya no vive el pueblo antiguo, simple y orgulloso y noble y libremente escéptico de

los artesanos y de los mercaderes, sino un proletariado en formación, con diversas y oscuras pasiones, o una multitud de pobres, en lucha contra el hambre, la soledad y la completa exclusión. Ésta también es Roma, aunque parezca otro mundo; y si aquí tuve que limitarme hablando solo del pueblo viejo, sin embargo el uno no puede existir sin el otro, en el que continuamente cae o desde el cual vuelve a subir. En mi libro *El Reloj* he intentado describir tanto el uno como el otro, y también la contemporaneidad y la coexistencia de los tiempos y de los destinos individuales en la gran selva de Roma; y he hablado de Teresa, la vendedora de cigarrillos, y de los discursos del camarero Giacinto, y de Elena, la prostituta con una sola pierna, y de Rosa, la judía de la *Garbatella*, y de los tipógrafos de los periódicos, y del oscuro mundo infernal de las habitaciones amuebladas, y de los músicos ambulantes, de Fortunato y del ciego, y de los mendigos, de los políticos, de los ociosos, de las mujeres, de los curas, de los niños, de miles de otras personas y momentos del eterno presente de Roma.

Rugido de leones por la noche  
De lo profundo del tiempo a la memoria  
Búhos, Vírgenes, símbolos, interrumpidos  
Acontecimientos sin tiempo y sin historia

selvas de casas, pájaros, ramas, cuevas,  
cortijos de los ratones y de gloria derrotada,  
y ojos y voces, y gestos, y oro, y escoria  
verde retorno de las edades corruptas,

bandoleros en el bosque, serpientes en el seno,  
reyes verdaderos y falsos, ministerios y mendigos,  
campesinos con la pala y gusanos en montura,

condolencia antigua y funerario elogio,  
coraje y hambre, y hombres pacientes,  
y Roma, e Italia: esto es el Reloj,<sup>4</sup>

Decía, en el soneto que es el índice del libro, lo que me parece ser Roma, y la vida infinita e infinitamente hecha de individuos que allí fluye como un río ininterrumpido.

Y, sin embargo, esto no es nada frente a la múltiple realidad. Los viejos pueblerinos romanos, portadores y conscientes de esta fugitiva infinidad, se han conformado, generación tras generación, con una vida simple, pocas y simples verdades. Y, como decía el pescadero de *Campo dei Fiori*, «después de la verdad no existe ninguna palabra».